

**COLECCIÓN NOEMA**

**T**

# *Conocimiento*

**RONALD H. FRITZE**

**TRADUCCIÓN DE JOSÉ ADRIÁN VITIER**

# *inventado*

*Falacias históricas, ciencia  
amañada y pseudo-religiones*



TURNER

Título original:

*Invented Knowledge*

*False History, Fake Science and Pseudo-Religions*

Edición original en inglés: Reaktion Books Ltd, Londres, 2009

© Ronald H. Fritze, 2009. All rights reserved

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2010

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Primera edición: marzo de 2010

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-7506-923-4

De la traducción:

© José Adrián Vitier, 2010

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

The Studio of Fernando Gutiérrez

Depósito Legal: S-

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

[turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)

## ÍNDICE

Introducción .....	11
<b>I La Atlántida: madre de la pseudohistoria .....</b>	<b>25</b>
<b>II ¿Quién llegó primero? La pseudohistoria del descubrimiento y la colonización de la América antigua .....</b>	<b>77</b>
<b>III Gente del fango, hijos de Satán e Identidad Cristiana: cosmogonías racistas, primera parte .....</b>	<b>127</b>
<b>IV Científicos locos, diablos blancos y La Nación del Islam: cosmogonías racistas, segunda parte .....</b>	<b>165</b>
<b>V Pseudohistoria epidémica o pseudohistoriadores confabulados .....</b>	<b>203</b>
<b>VI Profesores a la greña: la controversia en torno a ‘Atenea Negra’ .....</b>	<b>269</b>
Notas .....	311
Selección bibliográfica .....	343
Agradecimientos .....	351

## INTRODUCCIÓN

*El hombre es un animal histórico con un profundo sentido de su pasado, y si no puede incorporar el pasado mediante una historia explícita y verdadera, lo incorporará mediante una historia implícita y falsa.*

Geoffrey BARRACLOUGH (1956)<sup>1</sup>

**E**l 1 de diciembre de 1862, Abraham Lincoln dijo al Congreso de Estados Unidos: “Ciudadanos, no podemos escapar de la historia”.<sup>2</sup> Tenía razón. Estados Unidos se encontraba envuelto en su guerra civil, la mayor crisis y la más mortífera guerra que la nación hubiera conocido. Lincoln y sus colegas del Congreso vivían la historia y hacían historia en cada jornada. Lo mismo podría habernos dicho a quienes poblamos hoy este mundo nuestro, de haber podido hablarnos a través del tiempo. Nosotros también vivimos y hacemos historia cada día. Por desgracia, Lincoln pudo haber dicho igualmente: “Ciudadanos, no podemos escapar de la pseudohistoria”. Pseudohistóricas teorías de la conspiración habían ayudado a provocar la guerra en que él combatía. La creencia, muy extendida por los estados del Norte, de que existía una Conspiración del Poder Esclavista, infundió en el pueblo el temor de que los esclavistas sureños planeaban destruir las libertades civiles y esclavizar a los blancos pobres. En el Sur muchos creían que los republicanos norteros conspiraban con los abolicionistas radicales para fomentar una insurrección masiva en la que los bárbaros esclavos asesinarían a los desventurados blancos en sus camas, o algo peor. Ambos equívocos pseudohistóricos contribuyeron a avivar las llamas de la guerra.

En Estados Unidos, durante el periodo prebélico y la guerra civil, se generaron torrentes de pseudohistoria, un signo de que el clima intelectual de la época se hallaba permeado por una incertidumbre social sin precedentes en torno al desenlace de los conflictos políticos y militares.

## CONOCIMIENTO INVENTADO

Los estadounidenses comenzaban a revalorizar la historia de su atormentada tierra, una revalorización propicia para especulaciones fantásticas que se remontaban hasta la noche de los tiempos. Analicemos el mito de los constructores de túmulos funerarios de la América prehistórica. Según este mito, una raza blanca perdida se había asentado en América del Norte en épocas remotas y había erigido una gloriosa civilización, cuyos únicos restos eran los muchos túmulos dispersos por el este de Estados Unidos. Trágicamente, los ancestros salvajes de las pieles rojas (los indios americanos) invadieron la tierra de los hombres blancos y destruyeron a los constructores de túmulos. Los bosques reconquistaron la tierra. Muchos creen que este mito de los constructores de túmulos contribuyó a inspirar una nueva religión, la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, a cuyos miembros se les conoce como mormones.<sup>3</sup> De ser así, no se trataría de la primera ni de la última religión inspirada en la pseudohistoria. El mito de los constructores de túmulos también aportó una oportuna justificación para la expropiación de las tierras de los indios norteamericanos. Otro mito pseudohistórico narra cómo el príncipe Madoc descubrió y colonizó América durante la Edad Media, y cómo su pueblo se transformó en los legendarios indios galeses. A esto se suman las historias de las Diez Tribus Perdidas de Israel o de otros antiguos hebreos vagando por América (véase el capítulo II). Estas son historias divertidas, por dejarlo ahí, y el gran número de libros sobre estos temas demuestra su gran popularidad.

Las cosas no han cambiado tanto desde los tiempos de Lincoln. No podemos escapar de la pseudohistoria ni tampoco de la pseudociencia. La única diferencia es que ahora existen más ideas pseudohistóricas y pseudocientíficas, y otros medios para difundirlas además de los libros. El sistema de propagación de los pseudohistoriadores y pseudocientíficos pone hoy en día al servicio de los charlatanes los recursos del cine, la televisión, la radio, las revistas e internet. Un ejemplo particularmente influyente del papel de los medios en la difusión de ideas pseudohistóricas y pseudocientíficas es el programa de medianoche *Coast to Coast AM*, creado y conducido durante muchos años por Art Bell, aunque ahora lo hace habitualmente George Noory. La lista de los anteriores invitados al programa que aparece en su web incluye a muchas de las personas analizadas en este libro.<sup>4</sup> Durante la primavera de 2008, Hollywood y la industria del cine hicieron su contribución al corpus de

la pseudohistoria. La película *10.000 a. de C.* contaba la historia de unos primitivos cazadores de mamuts que eran oprimidos por cazadores de esclavos pertenecientes a una avanzada civilización de constructores de pirámides a finales de la Era Glacial. Era una historia inspirada por Graham Hancock, Charles H. Hapgood y sus colegas (véase el capítulo v). O algo más excitante aún: Harrison Ford regresó a la gran pantalla con *Indiana Jones y el reino de la calavera de cristal*, una película ambientada en la década de 1950. Indiana Jones lucha contra los comunistas soviéticos por el control de una misteriosa Calavera de Cristal, un objeto de una civilización perdida que posee asombrosos poderes. La calavera de cristal no es, de hecho, un objeto creado por el hombre, sino el cráneo de un alienígena procedente de otro mundo y posiblemente de otra dimensión; por supuesto, dichos alienígenas enseñaron a nuestros ancestros los rudimentos de la civilización. Esta nueva película se inserta en la mejor tradición de la serie de Indiana Jones, pero un artículo en un número reciente de la revista *Archaeology* sobre calaveras de cristal ha aportado pruebas convincentes de que todas ellas son engaños o falsificaciones modernas.<sup>5</sup> Asimismo tenemos *Bloodline* [Línea de sangre], un documental de Bruce Burgess, que alega que Jesucristo se casó con María Magdalena y que tuvieron hijos cuyo linaje ha sobrevivido hasta el presente.<sup>6</sup> Si esto suena a *El código Da Vinci* se debe a que está inspirado en las mismas fuentes pseudohistóricas.

*El código Da Vinci*, una de las novelas más exitosas en lo que va de siglo, se basó en una premisa derivada de la pseudohistoria. A diferencia de Bruce Burgess, el autor de *El código Da Vinci*, Dan Brown, admite que su novela es una obra de ficción, algo que muchos de sus admiradores se niegan a aceptar. Han aparecido docenas de libros que desacreditan por completo o en parte la historia de *El código Da Vinci*, algunos logrando combinar erudición y estilo legible. No obstante, han hecho poca mella en quienes están dispuestos a creer en teorías conspirativas sobre los descendientes de Jesús y los nefandos manejos de la Iglesia. Pero Dan Brown no tiene precisamente motivos para sentirse agraviado por ello. Su legión de admiradores entusiastas ha contribuido a hacer de *El código Da Vinci* un mega súper-ventas con más de sesenta millones de ejemplares vendidos.

Los que sí se sintieron agraviados fueron Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln, autores de *El enigma sagrado* (1982), un libro que afirma que el matrimonio de Jesucristo y María Magdalena y la subsistencia

## CONOCIMIENTO INVENTADO

de su linaje son hechos históricos. Brown claramente había tomado de *El enigma sagrado* la premisa de *El código Da Vinci*, y esto no les sentó bien a Baigent y Leigh, quienes, en marzo de 2006, presentaron en Gran Bretaña una demanda por violación de derechos de autor contra la editorial de Brown, Random House. El juez falló en contra de Baigent y Leigh, puesto que ellos habían afirmado que *El enigma sagrado* no era una obra de ficción. Como frecuentemente los escritores de ficción extraen de la no-ficción el contexto de sus obras, la demanda de Baigent y Leigh por violación de derechos de autor no era válida. Apelaron, pero volvieron a perder y tuvieron que vérselas con facturas legales por valor de tres millones de libras esterlinas (seis millones de dólares).<sup>7</sup> Como se ve, la pseudohistoria mueve mucho dinero.

La pseudohistoria y la pseudociencia no aparecen sólo en los súper-ventas y en los grandes éxitos de taquilla. Los estantes de las librerías, sean de novedades o de libros de segunda mano, se encuentran atestados de obras pseudohistóricas menos exitosas, sobre todo en sus secciones de new age o esoterismo. Algunos títulos consiguen llegar a las secciones de historia. A su vez, en los estantes de revistas se exhiben publicaciones pseudohistóricas, como *Atlantis Rising*, *World Explorer/Adventures Unlimited* y *Ancient American*, en cómoda pero incongruente proximidad con la venerable revista *Archaeology* y otras publicaciones demoleadoras como *Skeptic* y *Skeptical Inquirer*. En un reciente catálogo de The Scholar's Bookshelf figura un nuevo título: *The End of Eden: The Comet that Changed Civilization* [El final del Edén: el cometa que cambió la civilización] de Graham Phillips, el cual afirma que alrededor de 1500 a. de C., el cometa 12P/Pans-Brooks pasó extremadamente cerca de la Tierra. Tanto, que la Tierra atravesó la cola del cometa, permitiendo que una sustancia química penetrara en la atmósfera. Poco después tuvo lugar un brote de belicosidad y monoteísmo. La belicosidad fue provocada por la sustancia química; y el monoteísmo, por el espectáculo impresionante de aquel cometa en el cielo. El difunto pseudohistoriador Immanuel Velikovsky se hubiera alegrado de que alguien lo homenajeara copiando sus hipótesis; o tal vez esté lamentando desde el otro mundo no poder presentar una demanda por violación de sus derechos de autor. Otro catálogo de The Scholar's Bookshelf ofrece *El Atlas de la Atlántida y otras civilizaciones perdidas: descubra la historia y la sabiduría de la Atlántida, Lemuria, Mu y otras antiguas civilizaciones*, por

Joel Levy. El título del libro habla por sí solo.<sup>8</sup> Resultará divertido para quienes gusten de los libros estrafalarios.

Pero la pseudohistoria y la pseudociencia tienen aspectos que, definitivamente, no son divertidos. Desde finales de la década de 1970 se ha venido incrementando el fenómeno de la negación del Holocausto. En la de 1990 la virulencia de los negadores del Holocausto se había intensificado al punto de alarmar a muchos especialistas. Durante su reunión de diciembre de 1991, el Consejo de la Asociación Histórica Norteamericana dejó a un lado su tradicional política de no certificar hechos históricos y emitió una breve pero enfática resolución donde afirmaba: “El Consejo de la Asociación Histórica Norteamericana deplora de manera enérgica los intentos públicamente difundidos de negar el Holocausto. Ningún historiador serio duda de que el Holocausto ocurrió”.<sup>9</sup> Poco después, en 1993, Deborah Lipstadt, una profesora de historia de la Universidad de Emory, publicó *La negación del Holocausto: el creciente ataque contra la verdad y la memoria*.<sup>10</sup> Una de las personas que Lipstadt identificaba como negacionistas era el escritor inglés David Irving. Este se consideró agraviado, y en 1996 entabló una demanda por difamación contra ella y contra su editorial británica, Penguin Books. La demanda fue presentada en Gran Bretaña, donde la ley obliga a la persona acusada de la presunta difamación a presentar pruebas. En Estados Unidos el caso nunca hubiera llegado ante los tribunales, ya que bajo las leyes norteamericanas la obligación de presentar pruebas recae estrictamente en la persona que alega haber sido difamada. Por desgracia para Irving, Lipstadt y Penguin Books se defendieron bien y demostraron que las afirmaciones de Lipstadt sobre Irving eran ciertas. En abril de 2000 el juez decidió que Irving había tergiversado las investigaciones y era un negacionista, antisemita y racista. A raíz de este juicio, Irving hubo de pagar enormes facturas por los gastos legales de todas las partes y quedó hundido financieramente. Pero sus problemas no terminaron ahí.

Muchos países europeos tienen leyes que prohíben la negación del Holocausto y algunos guardaban cargos pendientes contra Irving. El 11 de noviembre de 2005, estando Irving de visita en Austria, las autoridades locales lo detuvieron por negación del Holocausto, obedeciendo a una orden de arresto emitida en 1989. Los austriacos lo juzgaron, lo hallaron culpable y lo sentenciaron a tres años de cárcel. Al final sólo cumplió alrededor de diez meses, entre febrero y diciembre de 2006. Algunos

## CONOCIMIENTO INVENTADO

adversarios del negacionismo tuvieron el temor de que la medida tomada por Austria convirtiera a Irving en un mártir. A todas luces Irving pagó un alto precio por su negación del Holocausto, pero ésta le había proporcionado anteriormente jugosos beneficios. El ejemplo de sus problemas legales no ha contribuido en absoluto a disminuir la persistencia y el alcance de la negación pseudohistórica del Holocausto que prolifera en todo Oriente Medio.

La negación del Holocausto ha conseguido extrañamente poner de acuerdo a los neonazis y a los militantes iraníes; o quizá no tan extrañamente. Reza Pahlevi, el sha de Irán (1878-1944), era admirador de Adolf Hitler. La pseudohistoria se presta fácilmente a ser una herramienta del racismo, el fanatismo religioso y el extremismo nacionalista (véanse los capítulos III y IV). Los nazis tenían su propia mitología pseudohistórica acerca de una súper raza aria, la cual intentaron sustentar con toda clase de investigaciones pseudohistóricas y pseudocientíficas.<sup>11</sup> El nacionalismo tamil en la India es menos atroz, pero está basado en la creencia de que existió el continente perdido de Lemuria, que alguna vez fuera la cuna de la gran civilización tamil, y que todo ello es una realidad histórica.<sup>12</sup> Las aventuras de Indiana Jones con arqueólogos nazis en *En busca del arca perdida* e *Indiana Jones y la última cruzada* no son pura fantasía. Los nazis verdaderamente querían hacerse con objetos sagrados como la Lanza del Destino que perforó el costado de Cristo. La pseudohistoria se encuentra por doquier y las personas cultas pueden y deberían ser capaces de identificarla. Pero, ¿cómo? Conociendo el terreno de estudio de la historia, así como sus postulados legítimos y dudosos.

¿Qué es pseudohistoria o pseudociencia? Esa es una pregunta peliaguda; su evasiva respuesta ha de leerse en las movedizas arenas de la erudición, el gusto y la moda. Una respuesta fácil sería repetir lo del magistrado Potter Stewart, quien confesó que la obscenidad era algo difícil de definir, pero, dijo: “La reconozco cuando la veo”.<sup>13</sup> El verdadero punto de partida para definir la pseudohistoria sería responder a la clásica pregunta: ¿qué es historia? Sin embargo, también esta pregunta resulta polémica en nuestra era posmoderna. Historia, según una definición sencilla y elegante, “es un relato verídico del pasado del hombre”. El problema es que los pseudohistoriadores insisten en que sus ideas y escritos son relatos verídicos sobre el pasado del hombre. Los especialistas críticos, por supuesto, disienten. ¿Cómo podemos saber entonces, en el

campo de la historia, qué es una verdad y un hecho fidedigno, y qué es una mentira y un error? La respuesta son las pruebas; la cantidad y la calidad de las pruebas. Estas pueden adoptar la forma de documentos del pasado, mapas viejos, utensilios, restos arqueológicos y hallazgos científicos con implicaciones históricas. Otra respuesta es el uso de métodos objetivos y empíricos para analizar y evaluar las pruebas. Los estudiosos de espíritu objetivo e intenciones honradas contemplan las pruebas sin parcialidad ni ideas preconcebidas, o al menos procuran protegerse contra ellas hasta donde humanamente pueden. Los pseudohistoriadores suelen enfocar sus temas partiendo de ideas preconcebidas, y hasta de intenciones ocultas fundadas en el deseo de obtener beneficios o reputación. Ya saben de antemano lo que sucedió o creen saberlo, y salen en busca de pruebas que lo demuestren. En consecuencia, los pseudohistoriadores seleccionan sus pruebas. Pasan por alto todo aquello que contradice sus ideas, y sólo utilizan las evidencias que sustentan su causa. Los historiadores objetivos, con una formación clásica, intentan analizar todas las pruebas disponibles y procuran formular una interpretación que abarque la evidencia en toda su complejidad.

Es importante comprender que una cosa son la pseudohistoria y la pseudociencia, y otra muy distinta la historia y ciencia erróneas, imprecisas u obsoletas que han sido refutadas, desacreditadas o descartadas. Durante la Edad Media, la teoría geocéntrica del universo era la cosmovisión ortodoxa y formaba parte del saber establecido. Si alguien argumentara en el presente la teoría geocéntrica con toda la parafernalia del academicismo, se consideraría un caso de pseudociencia, y lo mismo alguien que defendiese la teoría de que la Tierra es plana. Para los cronistas españoles del siglo XVI, aceptar que la Atlántida hubiera existido era una postura razonable. Aunque ya en el siglo XVI algunos estudiosos expresaron su escepticismo, mucha gente cultivada, razonable y respetable creía en la Atlántida, y nadie los consideraba chiflados ni propagadores de conocimientos espurios. Hasta el clásico del irrefrenable Ignatius Donnelly, *La Atlántida: el mundo antediluviano*, que muchos consideran la primera gran obra pseudohistórica, era moderadamente razonable en sus conclusiones y presentaba pruebas basadas en los conocimientos existentes en 1882. El problema con los pseudohistoriadores y pseudocientíficos es que a menudo basan sus teorías en datos refutados, desacreditados o descartados. Algunas de estas obras obsoletas, como *La Atlántida* de

## CONOCIMIENTO INVENTADO

Donnelly, se reeditan constantemente y nunca han desaparecido del mercado. Otras decenas de miles de libros y artículos por el estilo aguardan en los estantes de las librerías de novedades y en las de viejo, esperando ser redescubiertos y reutilizados. Todos estos escritos constituyen espléndidos recursos para la investigación histórica del intelecto, la ciencia y la cultura. Pero también aguardan la atención de gente ingenua, o indocta, o prejuiciosa, o cínica, o inescrupulosa, que los utilizará como materia prima de nuevas obras pseudohistóricas y pseudocientíficas. Es así que estas obras históricas y científicas descartadas conforman un “entorno cáltico” que perpetúa la producción de obras pseudohistóricas y pseudocientíficas.

Hace mucho tiempo que el sociólogo Colin Campbell señaló la existencia del “entorno cáltico” basándose en que los cultos son organizaciones efímeras, no muy estructuradas y más bien individualistas, que siguen un sistema de creencias. Los adeptos o seguidores de ciertas ideas o hipótesis pseudohistóricas encajan también en esta definición de culto. Así como los cultos están en un constante proceso de surgimiento, proliferación y extinción, las ideas pseudohistóricas brotan, alcanzan cierto nivel de aceptación popular, y poco a poco van decayendo. Pero en tanto que aparecen nuevos cultos casi con la misma rapidez con que los viejos declinan, se propagan nuevas variaciones de las ideas pseudohistóricas a medida que las viejas van perdiendo popularidad. A veces la última moda es la Atlántida, luego el catastrofismo, y de ahí se pasa a los antiguos astronautas, a los descubrimientos de la América precolombina por los chinos, o a ideas como las de *El código Da Vinci* sobre el linaje de Jesucristo. La cuestión es que los cultos concretos van pasando, pero siempre existen cultos. La misma observación vale para la pseudohistoria y la pseudociencia. Las ideas pseudohistóricas están siempre presentes, aun cuando la popularidad de cada idea en particular crezca o decaiga.

La existencia de un entorno cáltico de pseudohistoria significa también que hay una reserva de creencias cálticas o ideas pseudohistóricas que, junto con los libros y escritos relacionados con ellas y otros objetos, proporcionan el material necesario para la creación de nuevas ideas. Los adeptos de Identidad Cristiana cavaron en el detritus del angloisraelismo para desarrollar sus ideas, y más tarde añadieron a la mezcla conceptos tomados del estudio de los ovnis (véase el capítulo V).

A menudo los atlantólogos vuelven sobre los libros de Ignatius Donnelly acerca de la Atlántida, a pesar de tener estos ya más de cien años. Los estudios obsoletos y anticuados se rebarajan y recombinan con obras pseudohistóricas aún más viejas para dar a luz nuevas ideas e hipótesis, o a menudo simplemente para reinventar ideas pseudohistóricas aún más antiguas y semiolvidadas. Con la misma rapidez con que los historiadores, arqueólogos y científicos dismantelan las hipótesis pseudohistóricas, emergen otras nuevas del entorno cúllico cual jóvenes cabezas de hidra.<sup>14</sup> En 1986, Kendrick Frazier, editor de *Skeptical Inquirer*, habló de un “abrupto desplome” del género de la pseudohistoria y la pseudociencia, ejemplificándolo en Immanuel Velikovsky y Erich von Däniken. Él creía que el psiquismo, la astrología y las modas pasajeras en el campo de la salud y la medicina alternativa devendrían el nuevo desafío para los escépticos. Aunque estos temas conservan su sempiterna popularidad, Frazier no previó que Michael Baigent, Gavin Menzies o Graham Hancock entre otros, habrían de figurar con extraordinario éxito en el panorama de la cultura popular y el entorno cúllico.<sup>15</sup>

La pseudohistoria y la pseudociencia son fenómenos modernos. Sus temas pueden ser antiguos, o incluso primigenios, y sus fuentes pueden remontarse al principio de los registros históricos, pero existen básicamente desde las últimas décadas del siglo XIX. Las condiciones de la sociedad moderna son lo que ha hecho posible su existencia. La revolución científica darwiniana pulverizó la cosmovisión cristiana tradicional de una historia de seis mil años y la creación en seis días de un mundo natural y una humanidad ya fijados. La ciencia moderna reemplazó este bonito pero constreñido panorama por el de un universo en lenta transformación, de tamaño incomprensible, y cuyos orígenes se remontan a una prehistoria de inimaginable antigüedad. La ciencia moderna no desacreditó tan sólo la cosmovisión cristiana: los cada vez más rápidos avances del conocimiento científico hicieron que este refutara sus propias teorías y las reemplazara por otras más acertadas. Las investigaciones históricas experimentaron un progreso semejante; especialmente en el campo de la historia antigua, donde el auge de la arqueología académica, armada de métodos empíricos y nuevas técnicas científicas, extendió el conocimiento sobre el pasado del hombre hasta épocas cada vez más arcaicas. Toda esta actividad generó el arsenal de teorías científicas y concepciones históricas descartadas y

## CONOCIMIENTO INVENTADO

desacreditadas que conforman el entorno cúlctico de la pseudohistoria y la pseudociencia.<sup>16</sup>

La sociedad industrial moderna hizo posible y necesaria la educación masiva. A comienzos del siglo XX la mayoría de las personas en las sociedades industriales de Occidente sabía al menos leer y escribir. La industrialización de la imprenta abarató los precios de libros y revistas. El surgimiento de las bibliotecas públicas gratuitas hizo que los libros y las revistas fuesen aún más accesibles, aunque los primeros bibliotecarios solían ejercer de censores. Aun así, la masificación cultural provocada por el auge de los libros baratos y la alfabetización posibilitó el desarrollo de subculturas, dado que diversos grupos de personas utilizaban el libre acceso a los conocimientos para sus propios y a menudo indisciplina-dos fines. Fue inevitable que algunas de estas subculturas centrasen sus intereses o incluso su cosmovisión en temas pseudohistóricos y pseudocientíficos. Se ha sugerido que las creencias poco ortodoxas, a menudo irracionales y en ocasiones espirituales, que surgen de la pseudohistoria y la pseudociencia, pueden servir como sustitutos de la religión tradicional. También se ha sugerido que los géneros populares de ficción, como la ciencia-ficción, el terror y la fantasía, han inspirado diversas teorías pseudohistóricas y pseudocientíficas. Un estudio reciente argumenta plausiblemente que los cuentos de horror escritos por H. P. Lovecraft en las décadas de 1920 y 1930, acerca de alienígenas primigenios que visitaron nuestro planeta originando la vida, pudieron inspirar las teorías de Erich von Däniken, entre otros, acerca de viajeros espaciales alienígenas que visitaron la Tierra en tiempos prehistóricos y fueron deificados por los terrícolas.<sup>17</sup>

Los pseudohistoriadores se distinguen de los historiadores en otros aspectos relacionados con el uso de metodologías viciadas. Los pseudohistoriadores emplean los términos “leyenda” y “mito” indistintamente, mientras que los especialistas en estos temas los consideran dos conceptos diferentes. Un mito es una historia inventada que se emplea alegórica o figuradamente para explicar algún suceso o fenómeno natural, o algún aspecto de la psique o de la condición humana. Una leyenda es una historia acerca del pasado que parte de alguna base histórica real, aunque a menudo distorsionada con el tiempo.<sup>18</sup> Muchos pseudohistoriadores presentan los mitos como leyendas, y sostienen que los mitos relatan literalmente acontecimientos históricos remotos: una

práctica muy antigua llamada euhemerismo. El término proviene del sabio griego Euhemero (*c.* 300 a. de C.), quien afirmaba que los mitos de los dioses griegos en realidad documentaban los hechos de reyes de la antigüedad. Esta aparente racionalización de los mitos griegos llevó al gran poeta y erudito Calímaco de Cirene (*c.* 270 a. de C.) a acusar a Euhemero de blasfemar contra los dioses. Los eruditos modernos continúan acusando a los euhemeristas contemporáneos de blasfemar contra la verdad histórica o científica.

Los pseudohistoriadores, a semejanza de los abogados defensores de las series televisivas, tienden a confundir los conceptos de posibilidad y probabilidad, aun cuando está clara la diferencia entre ambos. Algo es posible cuando sucedió o pudo haber ocurrido, por muy improbable que fuera el que sucediese. Para que algo sea probable, debe tener o haber tenido grandes oportunidades de ocurrir. Así pues, es posible que alguien me compre mañana un billete de lotería que resulte ganador. Por otro lado, es probable que mañana me vaya a trabajar a mi despacho de la universidad, si es día laborable. Por la misma razón, es posible que unos exploradores chinos alcanzaran y colonizaran América circunvalando todo el globo terráqueo. Pero si nos atenemos a la evidencia disponible, es altamente probable que no hicieran tal cosa.

Otra diferencia entre la historia y la pseudohistoria radica en la naturaleza de los debates y desacuerdos entre los personajes de la escena intelectual y pseudointelectual. Los historiadores debaten entre sí en una plataforma distinta del callejón en el que discuten con los pseudohistoriadores. Los historiadores tienen ciertamente sus discrepancias en torno a las interpretaciones, disputas a veces enconadas. Pero, casi siempre, los hechos fundamentales permanecen fuera del debate. Los historiadores están de acuerdo en que un hombre llamado Enrique VIII fue el rey de Inglaterra entre 1509 y 1547. Coinciden en cuáles fueron los principales logros y acontecimientos de su reinado. Cuando debaten, en lo que disienten es en la significación, las consecuencias o la cualidad de tales logros y acontecimientos. En cambio, los debates pseudohistóricos suelen centrarse en hechos fundamentales: ¿ocurrieron o no ciertos eventos?, ¿existieron o no tales lugares?, ¿hubo alguna vez determinados individuos o grupos?, ¿existió la Atlántida?, ¿un lord escocés llamado Henry Sinclair y algunos templarios renegados se asentaron en América antes de Colón?, ¿el Holocausto fue un hecho

## CONOCIMIENTO INVENTADO

histórico o una patraña?, ¿visitaron unos extraterrestres inteligentes la Tierra durante la prehistoria o la antigüedad y pusieron en marcha la humanidad y la civilización?, ¿descienden los anglosajones de las Diez Tribus Perdidas de Israel?

Los pseudohistoriadores, pseudoarqueólogos y pseudocientíficos presentan otras características que los diferencian de los especialistas bien contrastados. Recientemente, el historiador y estudioso del mundo clásico Garret G. Fagan ha hecho una relación de estas características. Los pseudohistoriadores se aferran a conocimientos trasnochados y obsoletos o distorsionan las teorías científicas más allá de todo límite razonable. Numerosos exámenes de especialistas han demostrado que la Piedra Rúnica de Kensington es un engaño, pero hasta el día de hoy los pseudohistoriadores continúan afirmando que se trata de una construcción auténtica de un asentamiento medieval escandinavo en Minnesota. Zecharia Sitchin persiste en afirmar que los asteroides son restos de un planeta destrozado o explotado, mientras que los científicos ya lo han desestimado.<sup>19</sup> Los pseudohistoriadores menosprecian a los profesionales académicos por aburridos y cerrados de mente, pero solicitan en cuanto pueden el respaldo de cualesquiera especialistas serios puedan encontrar o cuyos nombres al menos puedan invocar. Immanuel Velikovsky y Charles H. Hapgood recabaron el respaldo de Albert Einstein para sus respectivas hipótesis catastrofistas y constituyen un buen ejemplo de este tipo de conducta (véase el capítulo v). Las hipótesis de los pseudohistoriadores suelen contener afirmaciones espectaculares. Para Gavin Menzies, las flotas del tesoro chinas visitaron casi todos los rincones del globo. Immanuel Velikovsky ha dicho que la Tierra ha estado en dos ocasiones a punto de colisionar con Venus y más tarde con Marte, y que estas aproximaciones provocaron grandes levantamientos geológicos y una devastación global. A la vez, recortó cinco siglos de la historia del antiguo Egipto y la antigua Grecia. Para sustentar tales argumentos los pseudohistoriadores repasan las pruebas aportadas por las distintas disciplinas –historia, geología, lingüística, biología y arqueología, entre otras–, pero las emplean sin atender al contexto ni a las interpretaciones convencionales. Se concentran en los aspectos anómalos de las pruebas, no en sus aspectos preponderantes, como lo haría un investigador razonable.<sup>20</sup> La pseudohistoria aborda temas sensacionalistas: continentes perdidos, tribus perdidas, el fin del mundo, el regreso de antiguos astronautas o

dioses, conspiraciones gigantescas que duran siglos, o la llegada a América de todos los pueblos y naciones imaginables del Viejo Mundo antes que Cristóbal Colón, quienes además lograron mantenerlo todo en secreto, salvo unos vikingos a los que se les fue la lengua en sus sagas. Muchos pseudohistoriadores se obsesionan con sus temas y su parcialidad se refleja en su metodología. Y esto es cuando son sinceros; otros ejercen la pseudohistoria de un modo cínico y están dispuestos a decir o escribir cualquier cosa que venda bien, aunque no se la crean ni ellos mismos. Aun así resulta muy divertido, favorece la venta de libros y de entradas de cine, y es una manera espléndida y potencialmente lucrativa de ganarse la vida.

Es necesario hacer algunos comentarios metodológicos sobre el presente libro. Se trata de un estudio selectivo y no global o exhaustivo de la pseudohistoria. La globalidad hubiera requerido un libro mucho mayor; la exhaustividad, varios volúmenes. Los seis capítulos de este libro tratan diversos aspectos de la pseudohistoria. El capítulo I empieza con el que probablemente sea el tema más antiguo en los anales de la pseudohistoria: la Atlántida. Este original y celeberrimo continente perdido ha inspirado una miríada de hipótesis pseudohistóricas, fraguadas por entusiastas, tramposos, cultistas, nacionalistas y racistas. Otro tópico perenne de los pseudohistoriadores son los pueblos que arribaron a América antes que Colón. Por detrás de estas hipótesis de exploración y colonización precolombinas, se mueven toda clase de motivaciones nacionalistas, etnocéntricas y raciales, analizadas en el capítulo II. Los capítulos III y IV tratan sobre cómo la pseudohistoria ha inspirado algunas religiones racistas: Identidad Cristiana y La Nación del Islam. El capítulo V es el estudio de un caso que muestra las interconexiones e influencias recíprocas que se produjeron entre un grupo selecto de pseudohistoriadores. Finalmente, un estudio del caso de la Atenea Negra ocupa el capítulo VI y muestra cuán delgada y borrosa es la línea que separa la historia académica de la pseudohistoria. Lamentablemente, por cuestiones de espacio, temas como la negación del Holocausto, la egiptomanía, el afrocentrismo y la pseudohistoria nazi, han debido quedarse fuera o ser mencionados sólo de pasada.

Muchos grupos que abrazan ideas pseudohistóricas utilizan la Biblia como fuente de algunas de sus creencias. Por lo general toman el relato bíblico en su sentido más literal. Para Immanuel Velikovsky, las Diez

## CONOCIMIENTO INVENTADO

Plagas de Egipto, el Éxodo y la Conquista de Canaán, fueron acontecimientos que ocurrieron tal como se los describe en la Biblia. Su objetivo era proporcionar una explicación científica de los fenómenos milagrosos descritos en el libro del Éxodo y en el de Josué. A diferencia de Velikovsky, la mayoría de los estudiosos de la Biblia no cree que sea posible asignar fechas precisas a dichos acontecimientos, ni que sucedieran tal como se los describe, ni que tengan necesariamente que haber sucedido. El debate erudito sobre el fundamento histórico de los relatos del Antiguo Testamento no es algo sobre lo que la mayoría de los pseudohistoriadores tenga conocimiento.

Es preciso señalar que los términos “teoría” e “hipótesis” no se emplean indistintamente. Se llama “teoría” tan sólo a un concepto científico comúnmente aceptado por los hombres de ciencia en base a un amplio conjunto de pruebas e investigaciones. La tectónica de placas es una teoría; como también lo es la evolución. Mientras que “hipótesis” se utiliza para designar conceptos históricos o científicos cuya validez ha sido sugerida pero no comúnmente aceptada. Los conceptos e interpretaciones pseudohistóricas son por naturaleza hipótesis.

Finalmente, el término “pseudohistoria” se emplea en ocasiones a lo largo de este libro con referencia a la pseudociencia y la pseudoarqueología. Algunos escritores se refieren a la pseudohistoria como “historia alternativa”. Al parecer, “historia alternativa” se considera menos acusatorio o peyorativo que el vocablo “pseudohistoria”. Los pseudohistoriadores prefieren el término “historia prohibida” para describir sus obras; como es bien sabido, el fruto prohibido es el más delicioso y además puede transmitir la ciencia del bien y del mal que proviene del conocimiento de la verdad. El problema radica en que, manifiestamente, la mayor parte de la pseudohistoria no es verdad. Miguel de Cervantes observó en el *Quijote* que ninguna historia “es mala como sea verdadera”.<sup>21</sup> Como la pseudohistoria no es verdadera, es historia falaz y a veces historia peligrosa. Algunos pondrán objeciones al término “pseudohistoria”, pero el hecho es que es una denominación exacta. *Pseudo* significa falso y la pseudohistoria es historia falsa por cuanto sus datos son erróneos y su metodología incorrecta. Y acabaré con unas palabras de Mark Twain: “Podría pensarse que tengo prejuicios. Quizás los tenga. Me avergonzaría de mí mismo si no los tuviera”.<sup>22</sup>